

Viajeros rumanos en España, en busca de las raíces comunes

Mircea ANGHELESCU

Universidad de Bucarest

RESUMEN

En 1846 el escritor rumano Mihail Kogălniceanu, deslumbrado, quizás, por la lectura de *Los cuentos de la Alhambra* de Washington Irving, realiza un viaje a España que le permite poner de manifiesto las similitudes que existen entre nuestro país y el balcánico. Se abre así el camino para que escritores viajeros como Nicolae Iorga en 1927, o Mihai Tican en 1929 profundicen en las similitudes y diferencias entre ambos pueblos.

Palabras clave: Literatura de viajes, Viajeros rumanos en España, Mihail Kogălniceanu.

ABSTRACT

Flashed by *The Alhambra Tales* of Washington Irving, the Romanian writer Mihail Kogălniceanu made, in 1846, a travel to Spain which allowed him to see the parallelism between our country and the Balcanic one. He opened the way to traveller writers such as Nicolae Iorga (1927) or Mihai Tican (1929), which explored in the relationships between the two countries.

Key words: Travel Literature, Romanian Writers in Spain, Mihail Kogălniceanu.

El primer viajero rumano que llegó a España y dejó constancia de su experiencia fue el historiador Mihail Kogălniceanu; cuando se encontraba en París, en 1846, en un viaje de estudios largamente deseado y que tuvo que aplazar varias veces a causa de las suspicacias que las autoridades intuían en cualquier contacto con la ciudad de todas las revoluciones, aprovechó la ocasión para realizar otro sueño de adolescencia: ver España. Pensada para ser utilizada en un libro, esta experiencia que marcó al joven de 28 años quedó sin embargo inacabada y las notas respectivas se traspapelaron en el olvido durante más de un siglo; recuperado por Iorga en 1918 y utilizado por N. Cartoian en 1919, en un estudio en cuyo anexo publicó también algunos fragmentos, el texto integral no fue editado hasta 1967 por Dan Simonescu¹.

Cuando Kogălniceanu cumplió su sueño de ver España, la moda de viajar al extranjero había comenzado a difundirse también en los Principados Rumanos: en

¹ M. Kogălniceanu, *Notes sur l'Espagne*, en el volumen *Scrisori. Note de călătorie*, publicado por Aug. Z. N. Pop y Dan Simonescu, Bucarest, 1967, pp. 205-251.

1844, una nota del semanario *El Progreso* observaba que: «Los rumanos han empezado a hacerse cosmopolitas y desde hace algunos años, el gusto de viajar se ha extendido tanto entre ellos que no hay primavera que no salgan del país caravanas enteras...»²; incluso el lector de gacetas parece que se vuelve ávido de novedades en lo que concierne al mundo en que vive, el extenso mundo con otros relieves, costumbres y culturas (entonces empiezan a aparecer revistas como *El icono del mundo*, *Isis* o *La Naturaleza*³ y numerosas gacetas contienen rúbricas de viajes). También Kogălniceanu participa del gusto del momento cuando se propone conocer con detenimiento el país que se le había revelado bajo el aspecto más romántico posible: la España de Gonzalo de Córdoba, que nuestro autor conoció a los catorce años por medio de la novela homónima de Florian. «Con todo su ridículo pastoral», recuerda Kogălniceanu, el libro le desveló el interés por ese mundo y desde entonces, «siempre que en un libro, en un diario aparece citada *España*, el deseo de verla se me hace cada vez mayor» (p. 216).§

Estos sueños de adolescencia se esfuman generalmente al primer contacto con la realidad que los deforma, voluntaria o involuntariamente, y los primeros viajeros románticos que visitan la península ibérica no contradicen la regla: Robert Southey, a finales del siglo XVIII, encuentra a hombres y lugares faltos de interés, incivilizados, y, por si fuera poco, los lugareños no hablaban inglés. La confrontación con la realidad, sin embargo, no decepciona al joven rumano y sus apuntes, cuando ya se encuentra en pleno mundo hispano, mantienen un tono entusiasta cuando no se elevan mucho más. Parece que son dos las circunstancias que favorecen esta perspectiva: por una parte, el placer con que el viajero identifica, aprecia e incluso inventa similitudes con situaciones o características del propio universo, humano y cultural, y, por otra parte, el filtro libresco de una guía de viajes ideal para este tipo de aproximación simpatética al universo español, tan característico y diferente de otras zonas: el célebre libro del escritor americano Washington Irving, *The Alhambra Tales*, aparecido en 1829 y que Kogălniceanu conoció en una traducción francesa de 1832. Lleno de simpatía y de comprensión hacia la España profunda, hacia los hombres y hacia sus tradiciones, el libro de Irving hace, de hecho, mucho más que ofrecer una simple guía, pues induce al joven rumano a un determinado estado de espíritu y le sugiere cómo abordar todos los acontecimientos que se podían producir en el curso de su largo viaje; romántico éste también, implica, no la contabilización de las diferentes identidades, sino la posibilidad del viajero de reconocer y de identificar en los detalles de ese mundo, hasta entonces desconocido, nuevas equivalencias gracias a los hallazgos y al enriquecimiento del propio yo.

Llegado a España a finales del año 1846 y a Madrid en febrero del siguiente año, Kogălniceanu tuvo tiempo de recorrer los caminos del país y de conocer de cerca, en la medida en que le es posible a este tipo de viajero, la vida variopinta de

² *Miscele. Voiajuri și primblări, en Propășirea. Foaie științifică și literară*, I (1844), n.º 18, 14 de mayo, p. 144.

³ *Icoana lumii* (Iași, 1840-1846); *Isis sau Natura* (București, 1856-1858), etc.

los mercados, de las grandes ciudades, de los hombres. En todas partes gusta de encontrar un elemento de proximidad: con acierto o sin acierto, Kogălniceanu identifica a cada paso parentescos, semejanzas, paralelismos, que vienen casi todos de un patrimonio común, latín en origen y oriental en la Edad media, árabe en los españoles y turco en los rumanos, episodio que modifica significativamente la tradición de cada pueblo y ejerce hondas influencias, que todavía persisten en nuestros días. «Cuando he entrado en Castilla, creía entrar en tierras rumanas. El horizonte, el tipo de cultura, el modo y el porte de los lugareños, las filas de carros enyugados con bueyes, todo me recuerda Oriente. Como en nuestras tierras, *el arrero* no pasa sin decirte *Dios guarde a usted — Vaya usted con Dios*, como también nosotros decimos *Cale bună (Buen viaje), Mergi cu Domnul (Ve con Dios)*. ¿Qué rumano, que oiga a un castellano cantando unas canciones llenas de tristeza, simplemente armonizadas sobre algunas notas, casi con las mismas arias, unas de amor, otras de aflicción, otras del tiempo de los moros o sobre la vida de un conocido ladrón, no cree escuchar a nuestros campesinos que cantan las *doinas* de los montes, los cantos de aflicción de la llanura, los cantos de Bujor? Puesto que en España, al igual que en Rumanía, los bandidos son los hijos poéticos del pueblo. El español, como el rumano, improvisa: a ambos este don les viene tal vez de los árabes, que dominaron España bajo el nombre de moros, en Rumanía bajo el nombre de turcos. Cuando en una *venta* oía un campesino castellano que improvisaba canciones, me acordaba de la danza de los mozos rumanos y de los ancianos que los contemplan y, al tiempo que bailan, los animan a unirse al baile o a canturrear. Al subir o al bajar una montaña la ilusión se desbordaba. De repente oía un canto monótono y lastimero, a continuación vislumbraba una banda de jinetes y creía ver a nuestros montañeses cómo bajaban de los Cárpatos y se dirigían al mercado de Fălticeni». Conservando toda la apariencia de unas experiencias directas, y de hecho sin excluirlas, estos apuntes se inspiran, a decir verdad, en las páginas de Irving, incluso los saludos de los transeúntes españoles, extraídos al pie de la letra del primer capítulo del libro, *El viaje (The Journey)*. Pero incluso cuando las observaciones del viajero rumano se remontan a las de su predecesor, por ejemplo aquel apunte sobre la fanfarronada de unos portadores de sable («cuando desenvainan el sable, tiembla la tierra», que compara con un verso de los cantos de los Reyes Magos), o aquel otro pasaje sobre la falta de auténticas fondas a lo largo del camino, la manera en que las presenta y la comparación que establece con la situación del país le pertenece por completo: «Otra semejanza entre ambos países es la falta de fondas, pues, si una *venta* española se puede parecer a algo, es sin duda al caravasar de Oriente o al mesón o a la posada rumana, donde tienes que llevar de todo y, en vez de alimentarte el posadero, eres tú quien debe darle de comer. A pesar de todo, ni los alemanes con sus fondas, con sus camas, con sus ciencias, ni Francia con sus albergues, con sus *fricassées* y sus tortillas no me gustan tanto como España, con sus carencias ... este país, quizá porque se parece al mío, me gusta con sus horizontes, con sus bandidos, con la falta de confort, con sus campesinos simples y amables, con los hombres de sociedad, con sus tradiciones y cuentos que encuentras a cada paso, con sus mendigos, sus grandes boyardos, me gusta y no cesa de encantarme».

Todas estas observaciones de detalle se recogen gradualmente en una especie de fisiología de las semejanzas o de parentescos tipológicos entre españoles y rumanos: «El pueblo español, como todos los pueblos meridionales que han mantenido contactos con Oriente... tiene una indecible predilección por los cuentos. Como los rumanos, los ves al atardecer reunidos alrededor de algún anciano o anciana, a menudo gitana, y escuchan con delectación los cuentos que desentrañan las luchas de los antepasados con los moros o la vida de un conocido ladrón; cuentos donde el elemento maravilloso juega un papel principal». El hecho de que hayamos mencionado a los gitanos como intermediarios de Oriente, tanto en el ámbito español, como en el rumano, puede asombrarnos, pero la misma mención fue recogida un siglo más tarde por Miguel de Unamuno, en el prólogo a un libro de Mihai Tican sobre España, aparecido en Bucarest en 1936: «La creencia que la estructura de Rumanía conserva una cierta relación con la de la España central y que en ésta se conoce el nomadismo, gitano y no gitano, me ha empujado a señalar este aspecto... Yo, español cantábrico, vasco en todo mi ser, declaro con convicción que reconozco toda la influencia subliteraria, folclórica, íntima, que la raza gitana ha tenido en España, en las supersticiones, en las creencias, en el arte, en la música de danza, etc.»⁴. El lector de las notas de Kogălniceanu no puede reprimir la impresión de que el autor intenta recoger elementos de una monografía consagrada al espíritu español y, sobre esta base, redactar una especie de repertorio completo de semejanzas entre españoles y rumanos: éstos se parecen con respecto a las órdenes caballerescas militares, «San Juan de Jerusalem en España, San Ioan en Rumanía», pero también en lo que concierne a las relaciones comerciales, con los oficios de los genoveses de la Edad media en ambos países, «en Granada y en muchas castas los genoveses tenían fábricas, como también en Moldavia en las orillas del Danubio y del Mar Negro», las creencias populares y la preocupación general por los tesoros («Los tesoros juegan en España el mismo rol que en Rumanía. En todas partes, los españoles encuentran tesoros y a menudo los ponen bajo la vigilancia de genios y brujos, al igual que nosotros. Los cuentos de ambas naciones se parecen en este punto»), que explica mediante la multitud de guerras que han llevado a cabo ambas naciones («Las incesantes guerras a que ambos pueblos han sido sometidos explica esta obsesión por los tesoros y, justamente allí donde su ausencia es mayor, lo es en igual medida el deseo de riquezas...»). Kogălniceanu tiene la impresión de que redacta una lista completa de semejanzas, y dice así: «Para completar el parecido de las naciones y de los comienzos de España y de Rumanía, daré un último ejemplo: incluso los eslavos, los elementos que se mezclaron en Rumanía, penetraron también en España. ...muchos eslavos llegaron a España y entraron en la guardia cordobesa... en el siglo XI», información que cita precisamente de una fuente española, de la *Historia de Granada* de Don Miguel Lafuente Alcántara, t. 2, en las respectivas páginas 168, 201, 202. No es de extrañar que toda la historia de España le parezca al viajero rumano semejante a la de su país y

⁴ Mihai Tican Rumano, *Spania*, segunda edición, prólogo por Don Miguel de Unamuno, București, Ed. Cartea Românească, 1936, pp. 8-9.

a la de los otros países romances, a pesar de las enormes diferencias: «La historia de España se parece a la historia de todos los países meridionales de Europa, y en modo especial a la de Rumanía, conquistada y gobernada por romanos...».

Algunos elementos de la vida y la cultura española, afines con los de Rumanía, se extraen, sin duda, del libro de Washington Irving, que el autor cita en algunas ocasiones: por ejemplo, cuando nos señala una leyenda común de origen oriental basada en el poder de los hechizos, leyenda conocida en suelo español gracias a *Los cuentos de la Alhambra* (en el capítulo *Legend of the Arabian Astrologer*), que —dice Kogălniceanu— «se encuentra en la *Alexandria* rumana», es decir, en la versión rumana de la conocida novela popular de Alejandro Magno; o, por poner otro ejemplo, allí donde habla de la tendencia de la mayoría de viajeros, errónea, de buscar en España una segunda Italia, «Casi todos los que quieren viajar a España se imaginan este país dotado y embellecido con los dones de la voluptuosa Italia. Se equivocan de medio a medio... Castilla, con sus extensas llanuras como también la Mancha..., parece un desierto», en la extraña ausencia de pájaros así como de árboles en la gran meseta de Castilla etc.

De la misma manera que Washington Irving y quizá bajo la influencia de su libro, Kogălniceanu ve España, la historia y a sus hombres, bajo un aura romántica, al igual que su tierra, «que a cada minuto despierta recuerdos románticos». Influido por la lectura del *Don Carlos* de Schiller, por la novela de Florian y por otros textos inspirados en la historia de España, el escritor soñaba desde niño con ver el palacio del Escorial, el valle de Aranjuez o las paredes esculpidas de la Alhambra, y más tarde, cuando consigue verlas, la sensación se torna tan embriagadora que se pregunta si acaso no sueña: «A menudo me preguntaba si realmente estaba en España: mis ojos no podían convencerme de que me encontraba de veras en el país a cuya realidad me ataban mis ilusiones infantiles».

Aunque los apuntes de Kogălniceanu no fueron publicados en vida, la perspectiva romántica sobre España se generaliza en la cultura y la literatura rumana: otros escritores muy leídos en Rumanía, en especial Dumas y Hugo, favorecen esta recepción, de manera que en los años cincuenta del siglo XIX, un cronista musical y escritor como N. Filimon, para explicar la atmósfera en que se desenvuelve la ópera *Il Trovatore* de Verdi, se apresura a precisar que dicha obra se contruye a partir de un libreto que tiene como base un drama del poeta español Antonio García Gutiérrez:

«Si lanzamos una mirada sobre la historia española del medioevo, vemos que los habitantes de ese romántico país eran una excepción entre las naciones de Europa. La sangre ibérica primitiva, mezclada con la romana y gótica, hace de ese pueblo un ramillete de todo lo más poético y encantador. Ora ves al español bondadoso y hospitalario, ora terrible y vengativo, después triste y apasionado, sentado bajo la sombra de los sauces llorones a la orilla del Guadalquivir, mientras canta con inmenso sentimiento el fuego del amor que nació en su corazón africano a la vista de los ojos de la bella andaluza; pero cuando lo creías en la mayor languidez y pereza poética, de repente el amor de las aventuras heroicas lo subyuga, y cabalga a lomos de su soberbio semental andaluz, llega hasta el terrible moro, lo derriba al suelo y acto seguido visita a su amante y le presenta con ademán de amor

apasionado las armas que aún humean de la sangre del vencido. He aquí, en resumen, los rasgos característicos de los habitantes de aquel país», dice Filimon en su crónica del 2 de noviembre de 1858⁵.

Del mismo París baja hacia España el gran histórico rumano Nicolae Iorga, que visita por vez primera España en 1927, durante diez días, hecho que no le permite ver tantos lugares como él hubiera querido visitar, lugares que, sin embargo, enumera en el breve prólogo del libro⁶ que resulta de este viaje: Zaragoza, «la residencia de los reyes aragoneses», «el lugar más venerado de peregrinación, Compostela, y el centro universitario más antiguo, Salamanca» etc. Aunque aún no había visitado el país, Iorga sabía español y desea anotar la primera impresión cuando lo oye hablar por vez primera, poco después de que el tren pase la frontera, en Irún: «La lengua, que conozco tan bien y que ahora oigo de viva voz por vez primera, es clara y simpática».

También en Iorga, las observaciones históricas o caracterológicas con respecto al país que recorre se sostienen mediante comparaciones con el mundo rumano, no siempre teñidas de un ingenuo deseo de reconocer parentescos y aspectos comunes, sino, parece que instintivamente, para subrayar la chocante semejanza entre la vida y la historia de las dos zonas: la vieja Navarra, dice él, es «el país de los refugiados venidos del sur... la cuna del estado que desemboca en el norte, en la Francia de hoy, y en el sur, en Burgos y Castilla, como nuestro Arges coloniza la Tierra del río Olt transilvana y desciende hacia la llanura de los cerros de Dîmbovicioara», y aquí de nuevo, la imagen de las altas iglesias, «con la torre pegada a la fachada, así como la influencia austriaca ha llevado también en Moldavia»: en otra parte, la célebre guerra de *Reconquista* se compara con operaciones más modestas de expulsión de los tártaros en Moldavia (en el capítulo *En Castilla*), y los jefes medievales de Burgos, Diego Porcellos, Nuño Rasura y otros son llamados «los hombres de las ciudadelas, como los moldavos en comparación con los valacos», Aragón es una «tierra de río, como Moldavia»: de aquí, de Burgos, los reyes se dirigieron al sur, justamente «como nuestros Soberanos de Argeş hacia Tîrgovişte», y Valladolid, segunda capital del país, después de perder el privilegio, lo recobró por un momento después del año 1600, al mismo tiempo que Suceava, antigua capital de Moldavia. Las comparaciones operan también a escala nacional: en España, «la alternancia del monte con el campo convierte la península en una Rumanía a rebanadas».

Pero ningún histórico moderno y erudito como Iorga escapa a la tendencia de rehacer el mapa de las semejanzas entre los pueblos español y rumano, y nos remarca el tipo de campesino ejemplar que identifica, curiosamente, en Madrid: «Los rasgos son las más de las veces como los de nuestros villanos. La misma virilidad sin engreimiento, la misma discreción prudente. Son prudentes estos lejanos hermanos nuestros y a menudo de una gran belleza. Algunos parecen pajes bajados de un cuadro de hombres de buena crianza». Las semejanzas en el marco gas-

⁵ N. Filimon, *Il Trovatore. Dramă în patru acte*, in *Naționalul*, I (1858), n.º 94, p. 371.

⁶ N. Iorga, *Câteva zile prin Spania*, Bucureşti, Ed.Casa Școalelor, 1927.

tronómico las pone, sin embargo, como también Kogălniceanu, a cuenta de las relaciones privilegiadas con los árabes, y de las nuestras con los turcos: «He buscado restaurantes populares, de carácter arcaico... con grandes escudillas de tierra ahumada, con salsas árabes donde flotan pedazos de carne picada como en nuestros guisados, con las tortillas florecidas de tomates. En muchos aspectos se acercan las dos naciones latinas, crecidas en la mezcla con el islam heredero de Bizancio». También de los orientales, cree Iorga, provienen algunas palabras comunes en el marco de la vida campesina, pues «del campo vienen... filas de asnos y de mulos en cuyas espaldas la carga se extiende a lo ancho, los *tares* (la palabra, tomada por los antiguos moldavos de los tártaros, aquí se toma prestada de los árabes) mohínos»; de la misma área, la de los árabes en España y de los turcos en Rumanía, sería la costumbre de las mujeres del campo de vestirse con trajes negros y de atarse el cabello con un pañuelo: «De ellos provienen los vestidos negros de las mujeres del campo que, como en Rumanía (en Brăila, Teleorman o Românași), envuelven con fuerza las mejillas; así como la tradición de no admitir mujeres en el lamento fúnebre y en la conmemoración de los muertos» Más adelante vuelve a esta semejanza: «en el vestuario negro de las mujeres [de Irún] existe una cierta semejanza con nuestros vestidos, en la región de Sibiu, entre Poienari, donde el negro pero también el blanco dominan». Semejanzas, de las cuales no se aciertan los orígenes, aún se identifican en el aspecto de las casas de campo, en el estilo de las iglesias, etcétera.

La admirable actitud moral de los españoles, indiferente de la clase social, que Iorga admira muchísimo y de la cual habla muy a menudo («En general, vayas donde vayas... el hombre de pueblo, mozo, chófer, sea quien sea, hace gala de una honestidad ejemplar y de una discreción aristocrática») le parece que también se asemeja a la de nuestros campesinos: cuenta del viajero alemán Keyserling que quedó impresionado por el hecho de que, al entrar en la casa de un campesino español, éste lo recibió como a un igual. «Él se sorprendió, nosotros no nos sorprendemos. Si entras en la casa de un campesino rumano, te recibe con dignidad... el verdadero aristócrata era el campesino que recibía... cualquier extranjero que visita aldeas rumanas, rápidamente se da cuenta de esta cualidad soberana de nuestro pueblo».

El único viajero rumano que no recuerda ninguna semejanza entre España y Rumanía en su breve visita realizada en el año 1929, o entre los dos pueblos, es Mihail Negru: pero la explicación de este hecho es que Mihail Negru es aviador, el primer rumano que visita España en un tour europeo con avión, y claro está que desde el aire la tierra se ve completamente diferente: «El suelo español, visto desde arriba, presenta un aspecto completamente diferente del resto del continente... El territorio español, una enorme meseta extremadamente árida y estéril, parece tostado. Carece de vegetación... las casas son tan escasas y diseminadas, que parecen perderse en la inmensidad áspera y abrasada por el sol»⁷. La impresión de aridez del país visto desde el aire se compensa con la elegancia de Madrid, donde los aviadores rumanos son recibidos con gran cordialidad.

⁷ Mihail Negru, *Europa în zbor în 80 de ore*, București, Ed. ziarului «Universul», 1928, p. 116.

No es de extrañar que, en 1929, cuando el periodista y aventurero rumano Mihai Tican, llamado Rumano, funda la primera publicación cultural rumana en España, la revista *Dacia*, empiece el artículo de fondo del primer número con la revelación de las mismas semejanzas entre los pueblos español y rumano que justificarían un acercamiento efectivo entre ambos países. En dicho editorial, titulado *La aproximación hispano-rumana*, considera establecido de antemano el hecho de que «entre España y Rumanía hay, precisamente, puntos de contacto importantísimos y cuya transcendencia permite la buena comprensión de lo que para los demás parece imposible»⁸.

⁸ *Dacia*, I (1929), n.º 1, 21 de febrero, p. 1.